

A doscientos años de la Independencia: ¿La Argentina en el mundo de hoy?

POR **JORGE REINALDO VANOSSI** (*)

La razón de esta meditación consiste fundamentalmente, en que creo que tenemos el deber de hacer una suerte de radiografía y reflexión sobre nuestra ubicación en el mundo.

Estamos tan alejados de los centros de poder, tan lejanos de las grandes capitales que, si bien los medios contemporáneos nos acercan, y a veces nos llevan a sentimientos promiscuamente ligados a las grandes metrópolis: seguimos siendo muy aldeanos, tenemos muchos rasgos localistas que en ciertos casos son virtudes y en otros se pueden ver como verdaderos defectos.

Yo digo que los argentinos llegan a fin de año con la misma angustia que seguramente tenían los navegantes que acompañaron al Gran Almirante. Convencidos muchos de ellos de que el mundo era cuadrado, albergaban en su fuero interno la sensación de que en algún momento se produciría un precipicio y vendría el vacío eterno e infinito. El argentino medio cree que es una suerte de precipicio, todo lo que no se haya hecho hasta ahora: ya no se va a poder hacer. Y no es así, pues al poco tiempo todo sigue en un proceso de continuidad o sobrevienen cambios, pero vivimos espiritualmente la angustia o la amargura de creer que se nos acaba la vida o que se nos acaba el mundo.

(*) Abogado. Doctorado en la Universidad de Buenos Aires, en las Universidades Nacionales de La Plata y del Litoral. Doctor "Honoris Causa" de la Universidad del Salvador; de la Universidad Católica de Salta; de la Universidad San Pablo-T.; de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega de Lima y de la Universidad Católica de Cuyo. "Profesor honorario" de la Universidad Tecnológica del Perú y de la Universidad Abierta Interamericana. "Profesor distinguido" de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue profesor titular de Derecho Constitucional y Político en las Universidades Nacionales de Buenos Aires y La Plata, y director del Instituto de Derecho Constitucional y Político, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, UNLP. Actual "profesor honorario" de la Universidad Nacional de La Plata y de la Universidad Nacional de Mar del Plata con carácter de "académico ilustre". Tres veces presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas de la Argentina. Actual vicepresidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Académico de Número de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y de la Academia Nacional de Educación; y de las Reales Academias españolas de Legislación y Jurisprudencia, y de Ciencias Morales y Políticas de Madrid; Brasil, Chile, Perú, Bolivia, Paraguay, Colombia y Ecuador. Miembro de la Academia Internacional de Derecho Comparado con sede en La Haya.

Hablamos del mundo, y yo siempre he creído, incluso cuando se discurría sobre tres mundos, que había varios más que estaban en situación mucho más deteriorada y postergada que el tan mentado Tercer Mundo. Aún hoy, superadas ciertas alternativas ideológicas y, desaparecido el mundo del marxismo-leninismo, la pluralidad en que vivimos es muy variada y diversa. Quedaron atrás los tiempos en que Bell exaltaba su espejismo del “fin de las ideologías” y, más tarde, Fukuyama se precipitaba con la proclamación del “fin de la historia”: ambos anuncios fueron erróneos o fantasiosos; no hubo tales decesos mortales, sino cambios.

I. La pluralidad de América

De esta pluralidad también tenemos un reflejo en nuestro continente donde se suele hablar muchas veces, con un gran idealismo, de América o del panamericanismo y también cuando se le opone al panamericanismo el concepto del latinoamericanismo, con buena inspiración pero incurriendo quizás en el mismo desliz de querer englobar bajo un solo término y nación una realidad que no es unívoca sino multívoca. Hablar de Latinoamérica, en la cual estamos inmersos, es hablar de un término que abarca diferentes ámbitos.

Hay obviamente una Indoamérica que es parte de esa Latinoamérica, una Indoamérica, de cuya realidad de origen indígena, grandes pensadores, escritores y políticos han hecho cartabón y bandera. Hay una Afroamérica que, inocultablemente, se la visualiza a través del color de las tradiciones culturales y hay una Euroamérica que a veces nos cuesta, porque tenemos miedo o un complejo de no querer herir. Esa Euroamérica en la cual sí estamos propiamente incardinados es la de este Cono Sur del continente y a la cual después me voy a referir.

Y me voy a referir en un sentido pesimista y en un sentido optimista. No se puede ser maniqueo al hablar de nuestro país o de la porción del continente en que estamos. Suele existir la tentación a un reduccionismo en virtud del cual todo se lo pinta con un optimismo exagerado o todo se lo zambulle en una piletta medio escatológica o medio necrófila en la cual todo es pesimismo, todo es derrotismo, todo es un acabose. Yo creo que están igualmente equivocados los dos extremos.

Por lo pronto voy a empezar con la cara de la medalla que es más optimista o positiva. Una apreciación del mundo en esta segunda década del siglo permitirá sacar, a mi modo de ver, una conclusión optimista respecto de la Argentina y de su ubicación en el mundo, por la siguiente razón: Estados Unidos, primera potencia sin ninguna duda, a la cual expreso toda mi admiración y veneración, fundamentalmente por razones históricas y por ser el sistema constitucional y de vida en libertad, que hemos heredado, tiene una faz que la aqueja, de tipo conflictivo y

de hondo contenido social que se está somatizando por la vía de la violencia. Los episodios vividos recientemente en los Estados Unidos (los diarios anuncian que no sólo en las grandes ciudades, los estallidos podrían repetirse en cualquier momento) y que se han dado ya en otras grandes urbes como Chicago, Filadelfia o Nueva York, pero en menor escala, con la presencia de un carecimiento social que aqueja a vastos sectores que están de alguna manera identificados con minorías raciales o lingüísticas, hace que no se pueda ser optimista en lo inmediato sobre el grado de pacificación total que puedan vivir los EE.UU. Aun pensando que la crisis económica y la recesión puedan ser revertidas, va a costar mucho tiempo del siglo XXI superar el gran desfasaje que se ha dado entre los diversos sectores sociales y eso que es un país cuya riqueza, cuyo potencial y cuya creatividad lo colocan, sin ninguna duda, en la cúspide universal. La magnitud del problema lleva a que debamos ser cautos y moderados en nuestro juicio respecto de la recuperación de esos niveles.

II. Los “ismos” en Europa

Todos conocemos la situación actual en Europa. Sorpresivamente, “*suddenly*” dirían los angloparlantes, han reaparecido los viejos demonios de los infiernos: el tema del racismo ha hecho una eclosión que se pensaba superada por vía del desarrollo cultural; sin embargo, basta una pequeña crisis, basta un pequeño episodio para que esto entre en combinación con otras drogas potencialmente activantes: la xenofobia, el nacionalismo, el resurgimiento de los viejos localismos y regionalismos, a veces a nivel minúsculo, pero que tienen una capacidad de expansión asombrosa. Aquello que se dijo para explicar (no justificar) el fenómeno de la Alemania nazi, que en un país con menos del uno por ciento de analfabetismo, se terminaba quemando libros de autores proscritos y dictando leyes raciales, curiosamente reaparece como un tema de meditación. Me estoy refiriendo a la diferencia entre civilización y cultura, que yo creo, como creía Joaquín V. González y como han pensado grandes escritores, Max Scheler entre ellos, que esa diferencia existe.

Civilización es el dominio del hombre sobre la naturaleza, obtenido fundamentalmente a través del avance tecnológico y de la ciencia, pero no garantiza una cultura sana, porque la cultura es el dominio del hombre sobre los instintos, que se obtiene fundamentalmente a través de la razón y de la evolución que el manejo de la razón permite al defender la cultura frente a la contracultura o imponer la cultura frente a una anticultura. Estamos asistiendo en Europa (y los que han viajado recientemente lo certifican) a manifestaciones de irracionalidad, a estallidos de una anticultura muy preocupantes con el pretexto de la defensa de valores legítimos y de ciertos marcos de vida. Pero se traducen en los hechos, sobretudo

en la juventud que es la que tiene formación tanto de un extremo como el totalitarismo del otro que son igualmente malsanos, en una suerte de negación de los valores humanos. Es como si la escala axiológica se estuviera invirtiendo y todos los valores que estábamos considerando como un gran avance de la cultura de Occidente, como la paz, la solidaridad, el respeto, el consenso, de repente volvieran a ser cuestionados. Es de esperar que éstos sean transitorios, pero la magnitud del fenómeno, por lo menos por lo que se lee y se ve en las imágenes, indica que va a durar bastante y no sabemos aún cómo se van a resolver ciertos conflictos locales detrás de los cuales puede estar el interés de que se prolonguen. Me refiero concretamente al caso de la disgregación de Yugoslavia, que fue el más dramático en Europa. Confieso, a nivel humano, que cuando veía en la televisión las imágenes de lo que han sido los combates en Sarajevo o lo que fue el bombardeo aéreo a Dubrovnik, el nivel de ferocidad, de irracionalidad, la sevicia con que se hacen las persecuciones aún en los mismos cementerios cuando están enterrando a las víctimas, etc., es como si renacieran en uno todas las imágenes de décadas atrás, de épocas en que un loco, un demente, había pretendido dominar el mundo y que creíamos ya totalmente superadas, sobre todo a través del efecto paradigmático del Juicio de Nüremberg y de lo que eso debería significar desde el punto de vista de sus enseñanzas. Parece estar leyendo de nuevo los horrores narrados por Curzio Malaparte en *La piel* o por Constantin Virgil Gheorghiu en *La hora veinticinco*: la deshumanización total.

¿Qué va a pasar con Rusia actual, qué va a pasar con esas idas y vueltas? ¿Entre Rusia y Ucrania están peleando los comunistas o son nacionalistas? El observador opina que Putin había venido a justificar por qué había dejado de ser comunista y se olvidó de explicar por qué lo había sido. No participé de la euforia en torno a los sucesores de Gorbachov y de Yeltsin; y no hago ningún reproche a nadie ni por haberlos invitado ni por haberlos aplaudido. Simplemente fueron personajes que no terminaron de convencerme. No dudo de sus méritos, no sé si estará justificado el Premio Nobel, pero no creo que un burócrata de la Nomenclatura, que ha hecho toda su carrera sobre la base del escalonamiento en una estructura fuertemente cerrada y dogmática, haya podido liberalizar de golpe el pensamiento de todo un pueblo al extremo de que podamos acogerlo en el mundo libre como alguien de nuestra misma factura, de nuestro mismo origen. Soy relativista en ese tema, como también creo que la única respuesta a la pregunta de si sobre Rusia recae un gran signo de interrogación, digo que hay poca tradición democrática, Rusia ha tenido una sola elección libre en toda su historia previa a la era bolchevique, en 1917 después de la primera revolución en la que triunfó Kerensky y el Partido Comunista sacó sólo el 16% de los votos. De allí viene la famosa frase de Lenin "*Todo el poder a los soviets*", que era la respuesta a la frase "*Todo el poder a la Constituyente*". La Constituyente había sido elegida democráticamente y como el sector bolchevique

minoritario había sido derrotado, apeló a la violencia. Esa es la cultura con la cual se han formado todos los dirigentes que hasta hace poco operan allá. Es muy difícil creer que de la noche a la mañana se pueda producir, en varias generaciones que conviven, un cambio cultural tan grande como para que no sigan anidando esas tendencias que en su momento infectaron esa región. De modo que es un proceso que llevará muchos años de duración. Lo que sí me parece claro es que no hay nadie (grupo, persona o partido) con poder suficiente para reimplantar lo que fue la URSS: el imperio no es reconstituible.

No es de todos modos un panorama bien definido. Hay un gran signo de interrogación y va a depender en gran parte de la suerte que corran estos regímenes, del humor de los pueblos respecto del sacrificio que le requiera el tránsito de una a otra sociedad edificada sobre bases diferentes y del cambio cultural que se vaya produciendo sobre la marcha. Hasta 1990 el acceso a otra cultura estaba dado únicamente por el “transistor”, o sea por la posibilidad de captar por radio las emisiones que venían de Occidente. Generaciones enteras se ha formado en una ignorancia total de los que acontecía más allá de sus fronteras.

III. El peligro del fundamentalismo

Los países de Extremo Oriente necesitan mercados, ya que su capacidad productiva está fuera de duda y su costo de producción es relativamente bajo. De modo que producen competitivamente: es notorio que Japón fue pionero inundando parte del mercado americano y europeo. Allí está la gran posibilidad de desenvolvimiento que ellos tienen y que otro signo gigantesco de interrogación es la evolución de China. Tantos millones de habitantes que conforman un mercado potencial inmenso, y el hecho de que se pretenda realizar el cambio en lo económico sin el cambio político. Sabemos que esto no responde a las leyes históricas. Por lo general todo cambio en un aspecto conlleva el cambio en el otro. Es como creer que puede haber integración económica sin algún grado de integración política. Tarde o temprano se produce también algún grado de integración política como está ocurriendo en Europa. ¿Qué va a pasar con China: van a poder los comunistas actuales mantener el sistema como un monstruo de dos caras, como Jano, con una cara colectivista por un lado y otra cara que va hacia el capitalismo; o van a poder integrarse con los otros países del Extremo Oriente? Un interrogante grave y afligente es si las viejas guerras económicas que llevaron a las guerras mundiales, y sobre todo el cierre de fronteras con la falta de comercio e intercambio, no se va a repetir ahora, no ya entre países sino entre las grandes moles. ¿Qué va a pasar con la integración de los EE.UU. en el NAFTA, la integración europea ampliada, la integración del Extremo Oriente? ¿Va a haber intercambio entre esas moles o va a ser nada más que un intercambio interno entre ellos? Porque en realidad, algunos

de los grandes detonantes de la Primera Guerra Mundial en 1914 fueron el exceso de proteccionismo, la falta de libre comercio y el escaso nivel de intercambio que había entre los grandes países de Europa. Lo mismo se repitió en la década del 30, cada vez más reclusos y encerrados en sí mismos. El proteccionismo y la falta de intercambio hicieron que el desenlace fuera el que en definitiva ocurrió. El que lo previó fue Aristides Briand, el gran canciller francés que muere un poco antes del acceso de Hitler al poder y que es el primero que habla de integración y da la fórmula mágica, hoy ya olvidada, que no por elemental deja de ser cierta: sólo si hay mucho comercio no va a haber guerra. La condición para que Francia y Alemania no entren en guerra de nuevo es que haya mucho comercio entre ellas, y la tendencia en ese entonces era al revés. La pregunta que se hacía Briand en 1932 la podemos formular nosotros: ¿Qué va a haber entre estas grandes moles, se van a cerrar y no va a haber relación entre ellas y sólo va a haber intercambio entre las partes que las componen? Podríamos asistir a una gran guerra comercial entre las grandes moles de integración, lo cual sería desestabilizador y gravísimo para el mundo.

En Asia el panorama es también preocupante. Quizás no lo vivenciamos de la misma forma porque es más lejano, son realidades distintas y distantes, pero el fenómeno del fundamentalismo se ha propagado. Quienes han querido apagarlo parecen haber operado con nafta de aviación porque el efecto ha sido contraproducente. Ha trascendido los límites del contorno geográfico de Asia y está allí como una bomba de tiempo en el norte de África.

Toda esta realidad del islamismo convertida de religión en vertiente política y que asume reivindicaciones históricas que vienen con un alto índice de resentimiento y que requieren o exigen una verdadera revolución social descolocando absolutamente los valores de Occidente a los cuales se rechaza de manera categórica, es algo que no está contenido sino que corremos el riesgo de que se expanda. Está quizá limitado porque una suerte de reaseguro ha impedido que se extienda demasiado, pero los episodios de Argelia, Túnez, Libia, Egipto y otros que son más recientes, revelan su tremenda peligrosidad. Marruecos sólo se salva; y no hablemos de lo que es Libia a través del régimen preconizado por los sucesores de Kaddafi que, claramente, ha reimplantado como Código Penal ciertas partes del Corán como la Ley del Talión. Esto indica un regreso cultural, un retroceso muy grave que sólo lo previeron aquellos que hace muchas décadas anticiparon que la explosión posible de la Unión Soviética se iba a dar a través del estallido del nacionalismo en las repúblicas sureñas vinculadas con la región mahometana. Esto, que nos parecía a todos muy difícil de perfilar, lo tenemos ahora instalado y no va a ser suficiente la presencia de la parte del Asia que lucha titánicamente y en democracia, por el desarrollo económico y el intercambio comercial, como estos grandes jinetes que están cabalgando en la libertad: Japón, India, Corea del

Sur, Taiwán, etc., para contener la onda expansiva cultural del fenómeno fundamentalista. Pueden parecer exagerados los aportes científicos de Huntington (la guerra de las civilizaciones) o la prédica de Oriana Fallaci con su pluma afilada, pero es cierta la afirmación de Popper en cuanto a la imposibilidad de convencer por la lógica a quienes provienen y cultivan un sistema de razonamiento basado en valores antitéticos (1).

IV. El fenómeno de la negritud

En África la realidad tiene otros contornos: conocemos lo de Somalía que es la punta del iceberg. Lo que se vive en Somalía es un fenómeno bastante común en toda África negra cuando desaparece el Estado. El fenómeno de la negritud tiene también su posibilidad de estallido. Esto viene también de lejos y ahora va unido al problema del hambre. Pero creo que no es sólo el tema que ahora vemos epifenoménicamente, sino que debajo de eso hay un problema cultural. Voy a relatar un episodio que me tocó presenciar en 1966 en el Congreso de las Naciones Unidas sobre el “*apartheid*” que tuvo lugar en la recién inaugurada Brasilia. Los dueños de casa trataban de demostrar que el Brasil y, antes de ellos la colonización portuguesa, habían evitado el conflicto racial a través de lo que llaman en portugués la “*misigenação*”, es decir, la fusión o la mestización, donde no hay ejemplares químicamente puros y la promiscuidad ha llevado en gran medida a que todos tengan la sangre mezclada. Un fin de semana (el Congreso duraba un mes) los dueños de casa invitaron a los embajadores de los países de África negra a visitar el Nordeste (Bahía y otras ciudades) para que vieran que realmente no había conflicto y que éste se había superado, pues se había producido una síntesis. Estos embajadores viajaron ese fin de semana y cuando se reanudaron las deliberaciones el lunes siguiente, uno de ellos pidió la palabra para formular una grave denuncia. Quedamos todos estupefactos, pensamos que habían tenido algún incidente, algún episodio desdichado. No: lo que querían era denunciar ante la humanidad el crimen que habían cometido Portugal primero y Brasil después contra “el derecho a

(1) Comparto la nota de nuestro exembajador en la ONU, Emilio J. Cárdenas, que comentando la nueva política del primer ministro de Japón, Shinzo Abe, señala respecto de su rol en el extremo oriente: “Abe acaba de dar un paso más hacia la flexibilización de la *cláusula pacifista* de su Constitución. Al declarar que Japón tiene el derecho de defender a sus aliados”. Lo que, como política de Estado, debe ser ratificado por el Parlamento (Dieta), en cuyas dos cámaras Abe tiene mayoría. Esto permitiría a Japón salir en auxilio de países de su región que tienen conflictos marítimos fronterizos con China, como es el caso de Filipinas (donde China se ha apoderado de Scarborough, que Filipinas considera suyo), y el de Vietnam (en cuyas costas China había instalado una plataforma para la exploración petrolera). El nuevo avance japonés flexibilizando su capítulo de defensa ha provocado reacciones adversas en China, que acusa al Japón de poner en peligro la paz y seguridad regionales (La Prensa, 10/8/2014).

la negritud”. Ellos reclamaban y exigían el derecho a la pureza racial, a la negritud que había sido mancillada al propender a la fusión de razas. Por supuesto, frente a este planteo no había respuesta porque era confrontar lógicas y culturas totalmente distintas. El punto de vista de ellos era irreconciliable con el punto de vista de la cultura occidental que predominaba en los demás representantes allí reunidos, de modo que no hubo debate. El verdadero milagro se produciría más tarde en Sudáfrica con la perseverante acción de Mandela.

V. Las realidades latinoamericanas

Por último llegamos a la mentada América Latina, donde el panorama tiene otros ribetes que exigen alguna puntualización. México ha hecho una opción: ya pertenecía geográficamente a América del Norte y podemos decir ahora que sistemáticamente pertenece más aún a través de las expectativas que vive en torno al acuerdo llamado NAFTA. Con Canadá y los EE.UU. buscan una integración a corto plazo. De modo que hay que pensar que México, país hermano al cual ponderamos tanto y que ha hecho grandes aportes a la cultura latinoamericana, mirará cada vez más hacia el Norte y cada vez menos hacia el Sur. No hay que esperar una adhesión incondicional de México a futuras causas o reclamos de América del Sur.

El resto de América Latina tiene un gran signo de interrogación, con un pronóstico reservado. Es muy difícil saber si la paz alcanzada en Centroamérica será permanente o no. Si esto depende de otros factores que han aparecido, como el narcotráfico, muy vinculado a los fenómenos subversivos en varios países de América (especialmente Colombia) la respuesta puede ser otra.

El desarrollo económico tampoco depende en forma unilateral de la balanza de pagos o de la riqueza potencial. Es el caso de Venezuela, país rico en términos comerciales y de balanza de pagos, pero en el fondo fue muy desestabilizado por la mala política seguida en torno a la administración de esos recursos. Esto llevó en definitiva a que renacieran o aparecieran alianzas insospechadas donde los extremos ideológicos se tocan en un intento contestatario por reemplazar a las reglas del juego del sistema democrático, sumamente debilitado en las postrimerías previas al “chavismo” por la denuncia de la corrupción que es un fenómeno que ahora aqueja no sólo a algunos sino a la mayor parte de los países de América Latina y donde las respuestas en el plano jurídico y desde el punto de vista institucional, no digo que lleguen tardíamente, pero llegan lentamente en cuanto a la necesidad de actuar sobre un fenómeno que produce fundamentalmente descreimiento: el auge del populismo o del “neo-populismo”, que es la demagogia (en términos aristotélicos) que yo denomino “despotismo *no* ilustrado”.

El fenómeno de la corrupción, que antes era un fenómeno aislado, donde a los corruptos se los identificaba y sancionaba y que la sociedad los segregaba, ahora es un fenómeno de bandas, de grupos que a veces actúan cerca del poder o incrustados en el poder y llevan, en definitiva, a dos consecuencias además de las muchas otras que conocemos: una es la gigantesca desviación de recursos que deberían estar destinados al desarrollo o a la justicia social y que pasan a pocas manos en forma ilegítima; y el otro es el descreimiento, la pérdida de credibilidad en el sistema democrático. Ese fenómeno ocurre precisamente no ya en las tradicionales dictaduras o tiranías y gobiernos despóticos, sino en democracias pluralistas donde hay alternancia, donde funcionan partidos políticos, donde se celebran elecciones y donde se supone que deberían actuar los órganos de control. Pero en la práctica éstos no actúan o no lo hacen con la celeridad necesaria como para enervar la tendencia negativa que causa el fenómeno. ¿Y la responsabilidad? No se hacen funcionar los mecanismos que conducen a la efectividad de esa nota esencial de la forma republicana de gobierno, pues el control es la antesala de la responsabilidad política, civil, penal y administrativa.

VI. Potencialidad del Cono sur

Si miramos esta parte extrema del Continente, debemos sacar una conclusión que dentro de todo es optimista. Cuando hablo de esta “extrema parte del Continente” me estoy refiriendo a la Argentina (quizás no en su totalidad pero a gran parte de la misma), el Uruguay, Rio Grande do Sul y gran parte de Chile. Esto conforma una suerte de espacio político, económico, cultural e histórico animado por grandes afinidades más allá de las disputas, de las rivalidades, de los desencuentros y hasta de las guerras que podamos haber tenido en el pasado. Visto en la perspectiva inmediata, puede ser una parte del mundo donde estén asegurados dos o tres valores. Por un lado la paz, pues no hay conflictos a la vista; cierto equilibrio desde el punto de vista social, ya que si bien existen fenómenos de miseria, de carencias muy grandes, no se dan los extremos que se observan en otras partes de América Latina o los casos ya prácticamente terminales que señalábamos en África.

Hay además un afán de integración paulatina, por etapas, por pasos sucesivos, que es dificultosa porque se comprende que no se dan las mismas condiciones imperantes en Europa para favorecer la integración después de la segunda posguerra mundial. Pero tratan estos países de no llevar adelante políticas que los alejen sino que los acerquen. Hay demasiadas asimetrías, que se deben tomar en cuenta y que costará mucho superarlas en búsqueda del equilibrio.

Además hay un común denominador de tipo cultural y de origen europeo, o sea de una cultura con hábitos de inmigraciones que le han inyectado a esta parte del

continente hábitos mentales, de trabajo y costumbres en general, que los hacen mucho más propensos para adaptarse al ritmo tan competitivo del mundo que se avecina.

La Constitución histórica de los argentinos (1853-1860) establece en su artículo 25: “El Gobierno federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias, e introducir y enseñar las ciencias y las artes” (Constitución Nacional).

Un mundo de grandes moles, un mundo donde EE.UU. realiza este intento de integración que *ut supra* mencionábamos, con Canadá y México; un mundo donde la Europa Occidental tiende a extenderse y que, salvo episodios aislados, tiende a conformarse casi monóticamente. Lo mismo ocurre con las áreas de influencia de Japón en Extremo Oriente. En definitiva, la única integración viable, fuera del romanticismo y de la declamación nominal que pueda existir en América Latina, es la de esta parte del continente, más allá de los tropiezos que en este momento existan: de si el Mercosur es ventajoso o no, si para la Argentina la balanza de pagos tiene un resultado perjudicial a raíz del costo argentino o de la ventaja que Brasil tiene en sus exportaciones. Más allá de esos datos que son importantes por cierto, pero que no hacen a la gran historia del proceso, creo que si de integración se habla, si de integración se trata, la única viable y con andamio, en términos concretos en un futuro inmediato, es la del Cono Sur. De ahí la enorme importancia de tratar que el interés que Chile tiene de asociarse en el NAFTA no sea excluyente de su posibilidad de buscar con la Argentina aunque sea algún tipo de complementación y de compensación que le haga atractivo el poder relacionarse con esta parte del mundo. Creo que esto podría traernos grandes ventajas para todos.

En síntesis, lo que quiero significar con estas breves reflexiones es que tenemos que superar esa tradicional deformación mental que nos caracteriza, de ver siempre y en todo, o la “leyenda negra” o la “leyenda rosa”. Se ha escrito la leyenda negra de la colonización española en América y se ha escrito la leyenda rosa; y el quinto centenario demostró que ninguna de las dos es enteramente válida. Son dos exageraciones, pues la verdad ha pasado por otros andariveles y meridianos.

En materia de América Latina en general y de la situación de la Argentina en particular, creo que ambas son desaconsejables por igual. La leyenda negra fatalista y determinista llevaría a pensar que no hay solución. Cuántas veces nos hemos sentido inclinados a repetir esa frase: “Las medidas del descenso argentino parecen insondables, a cada profundidad, cuando creemos que tocamos fondo, se abre un nuevo pozo, una nueva ciénaga y caemos nuevamente”. Esa es una exageración y otra fabulación es la leyenda rosa que por lo general va unida a la jactancia y a la

petulancia de creer que somos “el ombligo” del mundo, que en ningún lugar se come como en la Argentina, que en ningún lugar se vive como en la Argentina, lo cual tampoco es cierto.

Tampoco es verdad y nos hace un mal favor, porque si esa leyenda rosa se la ha creído necesaria para estimular una visión optimista que active y no que ralentice el ánimo nacional, ha llevado en definitiva a una confusión respecto de las realidades. En esta materia nada puede ser más contraproducente que sobreactuar o sobredimensionar nuestras fuerzas y nuestras posibilidades (2).

Ahora correspondería decir, ya que aspiramos por nuestra posición en el Cono Sur, a tener un rol de desarrollo y de nivel cultural destacado en esta suerte de reconversión del mundo donde ha desaparecido una parte ideológica del mismo y se ha impuesto otra a escala universal: ¿cómo se pertenece o se advierte al Primer Mundo? Porque esto no es un acto de voluntarismo: no hay una varita mágica como la del rey Midas quien, según cuenta la leyenda, transformaba en oro todo lo que tocaba. No se trata aquí de sancionar una norma que diga que pertenecemos al Primer Mundo o que accedemos, en virtud de esa premisa, a los niveles del Primer Mundo. No se trata de hacer lo mismo que algunas constituciones muy románticas de los últimos tiempos que aseguran derechos irrealizables.

La Constitución del Perú hablaba del derecho a la tumba como un derecho asegurado. Probablemente tenga una base social, pero la norma no garantiza eso en la práctica: ¿cuál es la sepultura “digna”? ¿Quién la decide y quién la suministra? De modo que el acceso al Primer Mundo no puede formar parte de lo que se ha llamado un “catálogo de ilusiones”. Tiene que ser de un tránsito viable, donde la razonabilidad esté indicándonos la debida proporción entre los medios y el fin y, al propio tiempo, cuáles son los medios para alcanzar ese fin al que todos aspiramos. Creo que desde ese punto de vista estamos mucho mejor que en décadas atrás, aunque la reiteración serial en los “disparates” (*sic*) no contribuye a que nuestra imagen despierte la confiabilidad indispensable para contar con las cuatro principales “seguridades” que debe ofrecer un Estado constitucional de derecho: la seguridad personal, la seguridad jurídica, la seguridad social y la seguridad exterior.

(2) El exvicecanciller Roberto García Moritán observa recientemente que “(...) Argentina ha iniciado una política de alianzas internacionales que se basa en el acercamiento a los países con menor sintonía con Washington. Uruguay podría ser el ejemplo más lamentable como lo es también el haberse afectado negativamente, en la práctica, la dinámica de profundización del Mercosur como el acercamiento entre el Mercosur y la Alianza del Pacífico, tal como promueven Chile y Brasil. El Mercosur parecería haber dejado de ser para la Argentina el instrumento central de negociación comercial internacional como el núcleo principal de la inserción global. El grado del diálogo diplomático entre la Argentina y Brasil es hoy, en otro ejemplo, el más pobre en tres décadas. Lo mismo se podría decir respecto a Chile” (*Clarín*, 18/8/2014).

Recuerdo que estando en el Colegio de Abogados de Nueva York después de Malvinas (presidía en aquel entonces la Federación Argentina de Colegio de Abogados) en una reunión muy grata y al cabo de una comida, el presidente del “Bar Association” de la ciudad de Nueva York alzó la copa para hacer un brindis de despedida y me dejó estupefacto cuando dijo lo siguiente: “Para que la Argentina vuelva al mundo”. Es decir que no se trataba de que entrara al Primer Mundo sino de que volviera al mundo. No sé si mi capacidad de reacción habrá sido suficiente, pero pienso que me sentí muy mal ya que ese brindis más que una exhortación era una sentencia inapelable.

VII. El Estado de derecho

Creo que hoy día nadie se atrevería a repetir eso, pero, de todos modos, no debemos conformarnos con el hecho de que estemos gozando de un sistema que creemos que en líneas generales funciona y que esto sea suficiente de por sí. Es condición necesaria pero no suficiente, porque sin el sistema constitucional y sin el régimen democrático, hoy que la presión internacional es grande, estaríamos realmente proscriptos. Pero no es suficiente, ya que esto requiere inyectar una suerte de savia o de contenidos que hay que realimentar en forma permanente. Por eso creo que es muy feliz la frase de un pensador francés que, en una nota publicada en el diario *La Ley*, dice que al cabo de dos siglos de la revolución constitucional en la era contemporánea, el inventario de los grandes aportes que se hicieron en lo que va en más de doscientos años (técnicos, científicos, artísticos, el poder acceder a otros planetas, etc.) el día que se haga el balance, lo que más va a sobrevivir es el invento más original: el Estado de derecho.

Considero que alguna vez habría que rebautizar a la Edad Contemporánea con el nombre de “era” constitucional ya que es el gran aporte surgido desde fines del siglo XVIII. El Estado de derecho es el gran descubrimiento político, ya que encierra la fórmula de una vida satisfactoria, de una vida civilizada y no de la “ley de la selva”. En efecto: el Estado de derecho o el Estado de democracia constitucional, como lo prefieren denominar los anglosajones, es la gran conquista. A esa conquista debemos concederle la importancia que tiene y creo que muchas veces no lo hemos hecho ni en la política exterior ni tampoco en la política inferior.

Trataré de explicar qué quiero decir con esto. En la política exterior, la coherencia debería haber obligado a la Argentina, en cualquier época, a reclamar y exigir hacia afuera lo mismo que se reclamaba y exigía hacia adentro. Muchos políticos argentinos no han sido coherentes en esta materia: proclamaban y defendían los valores democráticos internamente y exigían a rajatabla el cumplimiento de las reglas del juego democrático; pero al mismo tiempo toleraban en las declaraciones de política exterior grandes aberraciones sustentadas por regímenes que, si bien

existe una tradicional política de “no intervención” que hay que respetar, no obligaba a callar, a silenciar o a no denunciar los excesos y las aberraciones cometidas por ellos (los “impresentables”) de los cuales todavía algunos escatológicamente subsisten. Es decir que la primera regla de coherencia que no hemos cumplido es la regla que indica que deberíamos haber exigido hacia afuera lo mismo que exigimos internamente como modelo de vida y como paradigma institucional. En esas líneas de pensamiento debemos exigir en todos los foros y en todas las instancias el pleno cumplimiento de la “Carta Democrática Interamericana” que fuera aprobada el 11 de septiembre de 2001 en Lima, con motivo del vigésimo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de la OEA. Ante el incumplimiento deberían corresponder las sanciones.

En segundo lugar, creo que internamente también ha habido muchas veces cierta hipocresía en defender los principios cuando se está en el llano y no mantenerlos cuando se está en el poder. Nadie puede tirar la primera piedra en este tema y pienso que no puedo exigir dentro de mi subjetividad que pueda emitir un apotegma que sea aceptado por todos, ya que es muy difícil ser objetivo en esto y siempre son juicios de valor; pero creo que en el sistema argentino han convivido y conviven protagonistas que no sienten o que no vivencian con la misma intensidad los valores de la vida democrática. Para algunos son más importantes cuando están proscriptos o perseguidos que cuando están en el poder o cuentan con los resortes del poder; y otros, quizás los menos, han sido coherentes en esta materia. Sin embargo, la sociedad, que no es tonta y que percibe con sus antenas las incoherencias, se encarga muy a menudo (y los medios de comunicación son un fiel reflejo de ello) de denunciar esas incoherencias y de llamar la atención respecto de los que hoy invocan principios que en su momento no defendieron o los que hoy trastocan principios que en su momento invocaron.

VIII. Los términos que los argentinos no conjugan

No necesito mencionar los principios generales del sistema constitucional que todos conocemos, o hacer un catálogo de los mismos. Lo que sí puedo hacer y creo que sería más oportuno, es señalar algunas cosas que no hemos sabido conjugar debidamente. Hay cinco expresiones que no están bien conjugadas (cuando hablo de conjugar no me estoy refiriendo al lenguaje sino a la práctica y a su imbricación recíproca) y que considero la raíz del defecto, que no es monopolio de ningún partido político, ni es una lacra donde haya réprobos de un lado y elegidos del otro, iluminados que estén exentos del vicio y pecadores que estén promiscuamente zambullidos en ese defecto. Es algo que está enraizado en la sociedad argentina y que tenemos que superar de la única forma posible, que es culturalmente, a través de una racionalización y una reflexión sobre el tema. Las palabras que no conju-

gan los argentinos son: previsión, planificación, organización, seguimiento, mantenimiento, control y responsabilidad; entre otras asignaturas pendientes (mayor participación, crítica, vigilancia, cooperación, orden, etc.).

El argentino no practica la organización, si por organización entendemos mínimamente el arbitrar los medios y los recursos de manera racional, armónica y proporcional a los fines a los que deben estar destinados. El argentino no organiza porque confía en la espontaneidad. Tiene una suerte de creencia mítica en lo que es el orden natural: “Dios es criollo”, que es como si descreyera o abjurara del esfuerzo intelectual y material de organizar.

El argentino no practica el seguimiento, desde el simple expediente, el juicio o el trámite (pues cree que con iniciarlo basta) hasta las obras públicas o las grandes empresas que hacen al desarrollo cultural y material del país. Tiene simplemente un afán de inaugurar, de iniciar o promover, pero no de hacer el seguimiento. Es como si creyera que todo continúa anímicamente dotado de una fuerza propia, *per se*, en vez de hacer atentamente el seguimiento para la continuidad. O se espera la llegada del demiurgo (3).

Tampoco se ocupa del mantenimiento, y así lo vemos sobre todo en el orden físico: las rutas, los edificios, las casas, incluso las particulares salvo excepciones; en general el argentino no cree en el mantenimiento, dedicando poco esfuerzo mental y pocos recursos económicos a las conservación de las cosas. Por eso después todo se nos derrumba, todo se deteriora, todo llega a un nivel de inutilidad. Ahí se produce la catástrofe y reaccionamos primariamente, primitivamente. Decimos “¡Qué barbaridad! ¡Cómo ha podido ocurrir!”, porque realmente, y esto ocurre también con las instituciones: no les realizamos el mantenimiento correspondiente.

El control está, por lo general, ausente de nuestras preocupaciones. A lo sumo se crean organismos de control, pero no se le dan los medios necesarios para que puedan cumplir su rol. Muchas veces no existe el cuidado debido sobre los tres grandes requisitos del control. No puede haber control si no hay, en primer lugar, independencia del controlante respecto del controlado. Es inútil hablar de control si aquel que tiene que controlar está sometido a la férula, al dominio o a la jurisdicción de aquel que va a ser objeto del control. La independencia de los órganos de control es muchas veces un término eufemístico en nuestro sistema político y social, y creo que hoy en día es uno de los grandes déficits de nuestro sistema. Los órganos de control no tienen independencia real, a partir de que los sistemas de

(3) O al “*deus ex machina*”, que el teatro de la antigüedad representaba una divinidad que descendía al escenario e intervenía en la trama resolviendo situaciones complicadas o trágicas (DRAE).

lealtades partidarias intentan proyectarse hacia los titulares o los miembros de los órganos de control y estos órganos no funcionan satisfactoriamente.

El segundo requisito es la amplitud de lo controlado, la extensión de la materia cualitativa y cuantitativamente que se va a controlar. Por lo general creemos que con decir “control” basta, pero a veces éste recae sobre aspectos secundarios, nimios, y lo fundamental, lo realmente decisivo y decisivo no es materia de control. Un ejemplo de ello fue el reemplazo de la Contaduría General y del Tribunal de Cuentas. La falta de control significa impunidad, significa un *bill* de indemnidad para el gobernante que, aun sin tener voluntad de infringir las normas o el cuadro legal puede, por falta de vigilancia, “por culpa *in eligiendo*, por culpa *in vigilando*”, tolerar o convalidar actos que signifiquen serias infracciones. Desaparece el control *a priori*, el control previo y sólo hay control *a posteriori*. Esto, debo remarcarlo, es sumamente grave porque el control *a posteriori* por más ampulosas que sean las fórmulas jurídicas con las que se las quiere pergeñar es siempre, como su nombre lo indica, *a posteriori*, pero el hecho ya está consumado. Para decirlo en un lenguaje mal y pronto: “Andá a cantarle a Gardel”, como con sabiduría dice la gente de la calle cuando detecta este tipo de deficiencias. Creo que pasa a ser la gran ley de impunidad en el país.

El tercer requisito del control es la información. El “derecho a los hechos”, el acceso a la información es fundamental. No puede haber control si no hay datos, si no hay noticia cierta sobre cómo se maneja el Estado, la hacienda pública, la Administración. El rol que cumple en la sociedad el conjunto de los medios de prensa y comunicación es fundamental, porque si faltan los otros dos requisitos o si éstos resultan enervados, atenuados o anulados, es decir, la independencia del órgano y la materia sobre la cual recae el control, este requisito es el único que puede salvarnos respecto de la salud de la República.

IX. Los cambios necesarios

Quiero enunciar leyes “criollas” no escritas y que no las paso a enunciar como reproche a la sociedad argentina, ni nadie vaya a pensar que estoy montado en una crítica irredimible respecto de mis compatriotas. Son leyes que tenemos que rectificar entre todos y que requieren también un proceso cultural. Esas tres leyes son las siguientes: la Argentina es uno de los pocos países en los que ha anidado esta triple creencia. Primero, que uno se puede anotar en el *commodum* sin correr el *periculum*. ¿Qué quiere decir esto? Los romanos, que eran sabios, cuando construyeron en el derecho romano la teoría de los riesgos señalaron que el que se anota en la ventaja también tiene que correr con el riesgo: el que se anota en el reparto también tiene que compartir el sacrificio. No podemos disfrutar úni-

camente del *commodum* (de la comodidad o el beneficio) si no estamos también sometidos al *periculum*, es decir, al peligro o al riesgo. Aquí es el único lugar del mundo donde la gente cree que se puede separar esto en compartimientos estancos y anotarse nada más que en el *commodum*.

La segunda creencia que viene de algunas décadas atrás y que sembró la creencia que después adoptamos todos, de que se puede repartir sin crear. No hay ningún sistema político del mundo, ni aun el capitalismo en todas sus vertientes o el marxismo-leninismo en todas sus facetas, al cual se le haya ocurrido semejante disparate. La única forma de repartir es creando simultáneamente o previamente la riqueza. No existe la posibilidad de dividir la torta *ad infinitum* si no se realimenta la creación de la torta. Sólo en la Argentina pudo cuajar esta idea de que el reparto podía ser ilimitado en el tiempo y en el espacio, que la distribución podía ser *sine die* y sin procurar al mismo tiempo la reactivación del sistema para que esa gran “gallina de los huevos de oro” que es la *productividad* fuera realimentando al sistema.

La tercera creencia es que podemos edificar una sociedad sin un sistema de premios y castigos. Desde los asirios y caldeos o mucho antes aún, desde el hombre primitivo en adelante, todo sistema social, pequeño, mediano o grande, se ha edificado sobre la base de un código moral o legal donde hay premios para el que hace el bien y castigos para el que hacer el mal. Entre nosotros ha cuajado muchas veces la creencia de que las faltas no deben sancionarse y que los actos encomiables no deben destacarse ni premiarse. Hay una suerte de equiparación: situación que los sociólogos llaman anomia, es decir, donde se pierde el marco de referencia normativo. En la anomia no hay marco de referencia: da lo mismo hacer el bien que el mal, lo prohibido que lo permitido, o sea que en definitiva se está en una especie de limbo axiológico y no se puede operar a través de ese gran sistema de motivación que es premiar el bien y castigar el mal. Eso ha llevado a que las conductas sociales queden altamente distorsionadas como se comprueba a diario (y el mal ejemplo cunde por doquier).

Quiero mencionar, simplemente a manera de colofón, algunas citas muy breves de un autor que rescato siempre porque es mi escritor argentino favorito: Eduardo Mallea, injustamente olvidado. El mismo creía que iba ser olvidado porque había escrito demasiado. Escribió mucho y bueno; y sus diagnósticos y análisis sobre la realidad nacional son realmente notables. Cuando uno relee *Historia de una pasión argentina*, o ese libro que tardó más de veinte años en publicar: *La vida blanca*, escrito en 1942 y publicado recién en 1962, uno se asombra de la capacidad de análisis y de penetración que tenía Mallea y que está subyacente o presente también en sus novelas: por ejemplo en *La bahía del silencio*, que es una novela con gran trasfondo sociológico y psicológico acerca de los tipos argentinos.

He propuesto infructuosamente que la reserva forestal que está junto a la ribera de la ciudad en la ex Costanera Sur lleve el nombre de Eduardo Mallea, porque escribió un libro que precisamente se llama *La ciudad junto al río*. Pero no he tenido suerte. Hay otro libro de Mallea llamado *Meditación en la costa* escrito en 1939 y totalmente cubierto por el manto del olvido. Es interesante ver qué pensaba Mallea de los argentinos en ese entonces, cómo veía a nuestra sociedad. Voy a citar tres párrafos del mismo. Dice: “Pero aquél recién llegado no podía encontrar eso fácilmente. Una ciudad nueva es un país de grandes distraídos, nadie tenía tiempo para cuestiones esenciales”. Se está refiriendo básicamente al porteño.

“Habrían sido horas regaladas al diablo, que cada cual marchara como pudiera (y él se preguntaba) ¿No hay aquí un gran peligro nacional de disgregación? Sí, tanto mayor cuanto que nadie quería detenerse, establecer, hacer más fuerte esa fidelidad al espíritu de nación sin la cual un espíritu persiste íntegro. Miraba con detenimiento él a esos hombres de Buenos Aires, a esos hombres de ciudad. Tenían un solo objetivo: partir, irse, irse de lo que todavía no eran del todo. Ser otra cosa, no quedarse en nada, destino, situación y sentimiento. Partir, partir, demasiado ligero, irse a hacer otra cosa sin terminar bien la primera”.

Y termina diciendo, “Ser extranjero sin haber sido todavía algo, gentes de esta tierra, demasiado ligero”.

Veán ustedes el parentesco de este pensamiento con el reproche que nos hiciera don José Ortega y Gasset cuando decía “Argentinos a las cosas”, que en realidad es una reducción de su pensamiento porque la frase es más larga. Él decía que al argentino le resbala todo, no se queda, va saltando de una cosa a la otra. Y Mallea lo señala precisamente como una especie de claustrofobia nuestra: partir, irnos; claustrofobia no en el sentido físico de la palabra sino en el espiritual.

X. Es una hora austral

Otra cita de Mallea dice: “(...) hay una perversión del hombre argentino que consiste en su desapego de la tierra, consiste en su propensión a cristalizarse en el aire, allí donde todo le es fácil pero donde no recibe savia, donde no recibe la corriente eterna del suelo”. Es decir que el argentino flota, esto lo hemos escuchado muchas veces:

“(...) el argentino trata de no contaminarse con el arraigo porque el arraigo significa recibir la savia, tener entonces la corriente del suelo que obliga a tener que abocarse al problema concreto y solucionarlo

de acuerdo a los medios disponibles. Nuestra vocación es a la generalización y no al abocamiento al problema concreto. Por último, y esto es de nuestro mundo, la hora es una hora americana y esta hora, si es algo, es hispanoamericana, una hora austral”.

Probablemente está pensando en el Cono Sur al cual hoy nos referíamos, “no de nuestra civilización sola sino de nuestra cultura, ésta se vuelve asimismo el fin de nuestra aspiración, nuestra aspiración se vuelve la de articularla y decirla”.

O sea que Mallea tenía en definitiva optimismo respecto del destino argentino y respecto de nuestra inserción austral. Yo comparto ese optimismo, salvo que nos dejemos engañar por las leyendas rosas o por las leyendas negras. Ni todo es tan fantástico ni todo es tan malo. Ni hay que guiarse por la aparente prosperidad ni tampoco por la magia de las encuestas o de las estadísticas. Cuando arreciaba el nazi-fascismo en Europa y Estados Unidos entraba en guerra, atacado por la espalda por Japón, el presidente Roosevelt tuvo la feliz idea de convocar a su competidor republicano en la reciente elección de 1940, Wendell Willkie, como su embajador personal, fuera a visitar algunos países donde la situación era muy indecisa. Willkie viajó a Irak donde fue recibido fastuosamente y agasajado con banquetes descomunales que le hacían presenciar un nivel de prosperidad y de control total de quienes gobernaban sobre la situación. Hasta que una noche, retornando al salón del banquete, una persona lo detuvo y le dijo: “No se guíe por lo que ve, es falso, esto es un castillo de arena que se derrumba, ponga todo en tela de juicio”. Willkie –un eminente abogado del ala liberal– comunicó este episodio a Roosevelt y seis meses después este sistema político caía estrepitosamente sin que ningún experto de política internacional lo hubiese previsto. O sea que no nos guíemos por las apariencias, vayamos, como dice Mallea, a la savia, al contacto con la profundidad.

XI. Tentaciones que acosan

Quiero terminar con la fábula que ustedes seguramente conocen y que debe llevarnos a desconfiar de quienes tienen soluciones mágicas, de aquellos que se creen mesiánicos, de orates o pirados que tratan de trasplantar a nuestro sistema de lógica o el pensamiento de otros sistemas y que muchas veces lo quieren hacer sobre la base de una mística mal entendida. La prédica de los sistemas autoritarios suele ser *inocular fe y contagiar el miedo*. Me refiero a la fatalidad de la fábula del alacrán y el cocodrilo. Cuando la inundación hace peligrar la suerte del alacrán, éste le pide al cocodrilo que lo transporte al otro lado del río. El cocodrilo le dice: “¿Cómo voy a hacer eso? Tú me vas a picar y yo voy a perecer”. El alacrán le contesta: “De ninguna manera: te doy garantías. Si yo te pico nos morimos los

dos, tú porque yo te pico y yo porque me ahogo". El cocodrilo medita un instante y encuentra razonable la garantía ya que un mínimo de instinto de conservación indica que hasta que accedan a la otra orilla van a poder sobrevivir. Acepta el cocodrilo transportar al alacrán y en mitad del río, el alacrán lo pica. Próximo a expirar, el cocodrilo le dice: "¿pero cómo lo has hecho, ahora moriremos los dos?". Y el alacrán contesta: "No pude, es más fuerte que yo, lo llevo en el instinto".

Hay argentinos que llevan en el instinto el afán totalizador de pensamiento único y esas son las tres tentaciones que acosan a nuestra sociedad: la tentación a la eternidad del poder, la tentación a la totalidad del poder y la tentación a la anomia moral en el poder. Tratemos de que el alacrán no nos pique y que las tentaciones no nos lleven a sucumbir junto con el cocodrilo.

XII. En síntesis

Nosotros no tenemos destino aislado. Creo que aun con un pequeño destino aislado, vamos a tener que participar de la corriente universal, lo cual no quiere decir alienarnos o entregarnos, sino simplemente poder competir en mejores condiciones. Y ahí hay que poner en juego la capacidad creativa. El Cono Sur va a tener que hacerse fuerte en aquello para lo que sirva y sea útil. Después de la guerra, los italianos se hicieron grandes imaginando nuevos rumbos de producción: así, por ejemplo, volcaron su capacidad creativa en el diseño.

Los japoneses se han destacado en la electrónica y nosotros quizá sea en los productos alimenticios elaborados y la tecnología agrícola (maquinarias incluidas), pues no podemos seguir pensando que va a ser con el mero trigo o con la mera vaca. Tendremos que industrializar el agro para fabricar productos que tengan un alto valor agregado de tipo industrial que los haga codiciables en el mundo y que sirvan como moneda de intercambio. Evidentemente, si nos cruzamos de brazos pereceremos: aquí "el que deja de pedalear se cae de la bicicleta".

Lo único que nos puede salvar es lo que puede emerger a cualquier sociedad que está por entrar en estado de anomia: la participación. Que los ciudadanos usen todos los resortes a su alcance para defenderse, que no vacilen en acudir al mecanismo que tengan más próximo: la acción judicial, la denuncia, la carta de lectores. Si entramos en estado de complacencia, en asentir a todo, vamos a seguir galopando como los jinetes del Apocalipsis: la eternidad en el poder (hay varios intentos latinoamericanos a la vista), la totalidad del poder que ya está lograda en gran medida y la tentación a la anomia, que es la corrupción generalizada y que alcanza contornos muy vastos. La sociedad no reacciona, es como si se hubiera cloroformado y acostumbrado a esta situación.

Creo en el repudio social, soy hombre de derecho y creo en la sanción moral. Al corrupto hay un cosa que lo delata: puede fallar el derecho ya que son delitos de guante blanco, pues nadie va a llamar a un escribano para escriturar una coima, ni nadie va a llamar a testigos para que oficien una ceremonia de cohecho; pero al corrupto tarde o temprano lo vence la tentación exhibicionista. Entonces cambia su estilo de vida: de repente el pobre diablo se transforma en el gran pachá y ahí queda en evidencia. No se puede entender que gente que no tiene profesión, que no ha trabajado nunca en un arte o en una artesanía y que siempre ha vivido debajo de los niveles normales, aparezca de pronto muy por encima de los niveles pudientes. Y eso la sociedad lo percibe y es importante que los medios lo reflejen. El castigo a través del voto es uno de los mecanismos de defensa de la sociedad, pero es muy importante tener en cuenta el canal de participación que ofrecen los medios y las “redes sociales”.

Una periodista planteó el tema de la explosión demográfica. Recordó que la derecha francesa había ganado las elecciones aduciendo que Francia no podía seguir siendo la solución a los problemas demográficos del Tercer Mundo. Sugirió que dado que tenemos un país en gran parte vacío en un mundo superpoblado, podría llegar a darse la posibilidad de que nos obliguen a poblarlo con habitantes de países superpoblados. Por ello mismo es que creo que el país necesita una política migratoria coherente.

Con respecto a los párrafos citados de Eduardo Mallea, el porqué de mi optimismo respecto al destino austral se sostiene simplemente por la necesidad de creer. Es la faz espiritual del hombre que no sólo puede alimentarse con los datos que objetivamente le brinda la realidad, sino que también tiene que armar un plan de futuridad. Ortega decía que las constituciones encierran una idea de futuridad. Los argentinos necesitamos visualizar un futuro promisorio, pero sobre bases racionales, sobre premisas realistas y no en términos fantasiosos. Creo que lo dicho por Mallea reposaba en el hecho cierto de que en 1939 todavía éramos uno de los grandes países del mundo: pertenecíamos al Primer Mundo. Luego sufrimos la involución que todos conocemos; aunque *creo en esa necesidad de creer*: lo contrario sería promover el suicidio colectivo o alentar a la gente a emigrar. No podemos caer en el derrotismo ni decir que la única salida es Ezeiza. Dejemos eso para los derrotistas y los visiblemente fracasados, pues si Borges descalificó con el mote de “incorregibles”, me permito hacer notar que son muchos los “irrecuperables” (*sic*). ¡Allá ellos! Nosotros recuperaremos la Argentina *para* y *en* el mundo. Siempre hay que pensar “en positivo”; de lo contrario abruma la desazón y se cae en la autodestrucción. El notable escritor vienés Stefan Zweig se suicidó –en 1942 en su exilio en Brasil– prematuramente y anegado por la depresión anímica; poco antes se había despedido con el brillo de su pluma en la obra *El mundo de ayer (memorias de un europeo)*; pero si hubiera aguardado un año más hubiera alcanzado a percibir la

alborada de una nueva perspectiva: “el vuelco del destino” (Churchill *dixit*). Otro tanto ocurrió con el gran escritor húngaro Sándor Márai, cuando al poco tiempo se derrumbó el muro de Berlín. Sirvan estos patéticos casos para recordar que nunca la noche es más oscura que en el instante previo al amanecer. El sol se anuncia.